

Alan Parks

HIJOS DE FEBRERO

SERIE
**HARRY
McCOY**



Aún no ha amanecido sobre los húmedos tejados de Glasgow cuando la policía recibe una llamada anónima: han asesinado violentamente a un joven en la décimocuarta planta de un edificio en obras. En el pecho, le han grabado a cuchillo la palabra «ADIÓS». Ese truculento asesinato golpea íntimamente a un conocido y poderoso mafioso, Jake Scobie, y, sobre todo, a su caprichosa hija, Elaine. El agente Harry McCoy, que aún no se ha incorporado al trabajo después de la terapia a la que le abocó su anterior caso, tendrá que encargarse de la investigación. No obstante, ése no será el único cadáver de ese frío mes de febrero de 1973 en que la nieve cubre sin piedad las calles de la ciudad. Mientras tanto, el colega ya no tan novato de Harry, Wattie, trata de alcanzar heroicamente el grado de sargento. Y del horizonte emergen otras sombras, más densas que las tormentas que se ciernen sobre Glasgow: las más peligrosas son las que obligarán a nuestro protagonista, McCoy, a regresar a su atormentada adolescencia, transcurrida en orfanatos y casas de acogida.

Índice de contenido

Cubierta

Hijos de febrero

10 de febrero de 1973

Uno

Dos

11 de febrero de 1973

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

12 de febrero de 1973

Nueve

Diez

13 de febrero de 1973

Once

Doce

Trece

Catorce

14 de febrero de 1973

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

15 de febrero de 1973

Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós

16 de febrero de 1973

Veintitrés

17 de febrero de 1973

Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete

18 de febrero de 1973

Veintiocho
Veintinueve
Treinta

19 de febrero de 1973

Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Mary Mackay Robinson

La muerte no es lo peor que puede pasarles a los hombres.

PLATÓN

Night time's a lonely time...

ALVIN STARDUST

Se sienta y observa lo que ha hecho. Tiene manchados los pantalones y el chaleco; está haciendo un trabajo duro. Todavía se oye algún gemido de vez en cuando, carraspea y tose cuando la sangre le baja por la garganta. Está cansado, pero está a punto de acabar. Se pone en pie, vuelve a maldecir y escupe. Le explica por qué está aquí, aunque ya lo sabe. Se lo repite una y otra vez. No hay respuesta. Le propina una patada en un lado de la cabeza. La luna emerge entre las nubes, ilumina la escena con una luz fría, desalmada.

Toma la cámara Polaroid que lleva en la bolsa. Coloca el cubo del flash encima y enfoca. Se oye el típico clic al apretar el botón, la bombilla lanza un destello, la cámara emite un chirrido metálico y, acto seguido, aparece la instantánea con el reverso de fino cartón, deslizándose por la parte de abajo. La sostiene bajo la axila. Da un paso adelante y toma otra fotografía, en esta ocasión más de cerca. Se la coloca bajo la otra axila y espera dos minutos, tal como se indica en la caja. Retira la parte trasera y aparece una imagen fantasmagórica invertida sobre el fino cartón. Deja que el viento se lo arranque de la mano, observa cómo vuela por el aire y desciende hasta llegar al costado de un edificio. Un bonito regalo para quien lo encuentre. Las fotografías todavía están pegajosas. Las sujeta por una esquina, las deja en el suelo, intenta no mirarlas con detenimiento; lo hará más tarde.

Ha dejado de jadear, su boca ya no exhala nubecillas de vapor. Está muerto. Saca del bolsillo su navaja de barbero con mango de marfil y da un paso al frente. Se ha comportado como un buen chico al no hacerlo mientras respiraba. Sonríe, aunque no como solía hacerlo antes; tal vez se esté

ablandando con la edad. Dice su nombre, dice que todo es por su propio bien. Ojalá ella estuviese viéndolo, ojalá supiese lo que está haciendo. Alza el brazo y después la navaja desciende. Un arco de oscura sangre roja pasa por encima de su hombro e impacta contra los charcos del suelo.

10 de febrero de 1973

Uno

McCoy se detuvo durante unos segundos, tenía que hacerlo. Apoyó las manos en las rodillas, inclinado hacia delante, intentando recuperar el aliento. Notaba cómo el sudor le bajaba por la espalda, provocando que la camisa húmeda se le enganchara a la piel bajo el jersey y el abrigo. Alzó la vista en dirección al agente uniformado. Otro de los jugadores de rugby de Murray. Con la anchura de un armario de dos cuerpos y la corpulencia de una bestia. Igual que todos los demás.

—¿En qué planta estamos? —preguntó.

Aquella especie de monstruo ni siquiera jadeaba, se limitaba a observarlo enfundado en su uniforme de lana brillante a causa de la lluvia.

—En la décima, señor. Nos quedan cuatro.

—Cristo bendito. Te estás quedando conmigo, ¿no? Estoy medio muerto.

Subían por una escalera provisional. Tan sólo había una cuerda entre las barras de los andamios a modo de barandilla y la escalera no era más que unos bloques de tosco cemento que ascendían sin descanso hasta lo más alto de un edificio de oficinas a medio construir.

—¿Listo, señor?

McCoy asintió de mala gana y reemprendieron la marcha. Tal vez todo habría resultado más sencillo si no se hubiese bebido dos latas de cerveza Pale Ale ni se hubiese fumado medio porro justo antes de que aquel enorme bastardo fuese a buscarlo. Susan y él se estaban riendo, bailando como dos tarados al ritmo de los Rolling Stones, que sonaban en la radio, cuando llamaron a la puerta. Una gran sombra en forma de agente de policía tras el vidrio escar-

chado. Durante unos segundos cundió el pánico. Susan abrió las ventanas e intentó despejar el olor a porro con una toalla mientras McCoy hablaba con el agente, al que retuvo en la puerta todo el tiempo posible. Menos mal que habían decidido no repartirse la pastilla que él había encontrado en su billetera.

Ascendieron varias plantas más, doblaron una esquina y, finalmente, McCoy pudo ver el cielo nocturno sobre sus cabezas. Básicamente gris, cubierto de nubes. La luna aparecía de vez en cuando entre las nubes y la lluvia. Permaneció inmóvil durante unos segundos, asimilando las vistas, recuperando el aliento. Glasgow se extendía allí abajo: los oscuros y sucios edificios, las calles húmedas. Caminó hacia un costado, con cuidado, no quería acercarse demasiado al borde porque no había paredes, tan sólo aquellas barandillas formadas por cuerdas. Supuso que miraban hacia el oeste, pues tenían frente a ellos la cúpula de la Biblioteca Mitchell y, un poco más allá, la torre de la universidad. Justo debajo de donde se encontraban, la nueva autopista, todavía en construcción, atravesaba lo poco que quedaba de Charing Cross; era apenas un ancho río de barro marrón y pilones de cemento. Oyó pasos a su espalda y se dio la vuelta.

El inspector jefe Murray le tendió la mano.

—Lamento las horas, pero Thomson no vuelve hasta el lunes. Necesitaba que alguien se hiciese cargo de esto lo antes posible.

Por alguna razón, Murray llevaba puesto un elegante traje bajo su habitual abrigo de piel de borrego. Vestía además los complementos habituales de un acto formal: pajarieta, fajín, franja de seda en el costado de los pantalones. Lo único que alteraba el conjunto eran las botas de agua que asomaban bajo la pernera de los pantalones.

—La cena de Lord Provost —dijo Murray al darse cuenta de la atención con la que McCoy lo miraba—. Hotel North British. La comida era pura bazofia. Nunca en mi vida me

había alegrado tanto de que me reclamasen por un asesinato.

—¿Siguen intentando llevárselo a la Central? —le preguntó McCoy.

—Siguen insistiendo, pero no van a conseguirlo. Me importa bien poco que me inviten constantemente a cenas elegantes. —Se sacó la pipa apagada de la boca y señaló hacia la oscuridad—. Sígueme, buen peregrino, pues no estoy perdido.

Un camino marcado por pedazos de cartón húmedo llevaba hasta el rincón más lejano de la azotea. Había allí unas diez personas, varios agentes uniformados daban vueltas, dos técnicos estaban montando un toldo; incluso Wee Andy, el fotógrafo, rondaba con su grueso abrigo y una enorme bufanda de lana. Oyó sirenas a lo lejos: vio dos ambulancias cruzando el río en dirección a donde se encontraban, con las luces azules encendidas. Eso significaba que los chicos de la prensa no tardarían en presentarse. Siempre resultaba complicado lograr que un asesinato pasase inadvertido; por no hablar de uno como ése. Un cadáver en lo alto de un edificio de oficinas a medio construir, a dos minutos a pie de la redacción del *Record*. No había posibilidad alguna de mantenerlo en secreto.

—Menudas vistas tenemos desde aquí —dijo Murray señalando—. Se puede ver la catedral. Si no estuviese lloviendo, incluso podríamos ver el Palacio del Pueblo.

—Genial —replicó McCoy—. Ha valido la pena subir los putos catorce pisos.

Murray negó con la cabeza.

—Y yo que creía que habrías cambiado, pero no, sigues siendo el mismo gilipollas quejica de siempre. Por cierto, ¿cómo te ha ido? ¿Fuiste a terapia?

Había ido. Tres sesiones de dos horas en una habitación trasera con corrientes de aire en la calle Pitt. Una pregunta tras otra.

¿Qué sentiste cuando le empujaste desde la azotea?

¿Qué sentiste cuando viste su cadáver?

¿Qué sentiste, realmente, en tu interior, en ese momento? ¿Te sentiste culpable?

Lo que realmente sentía eran unas abrumadoras ganas de inclinarse por encima del escritorio y darle un puñetazo en toda la cara a aquel cabrón, pero sabía que, en caso de hacerlo, jamás le firmarían el pase, así que permaneció sentado, hablando lo menos posible, observando el reloj. Pero cuando llegó a casa sí se puso a pensar en lo último que le había preguntado aquel tipo.

¿Todavía te hace feliz ser policía? ¿Es lo que deseas ser?
McCoy asintió.

—Acudí a las tres citas reglamentarias. Pase firmado. Psicológicamente preparado para cumplir con mi deber.

Murray gruñó.

—¿Cómo te las ingeniaste para sobornarlo?

—Bueno, ¿qué me he perdido? —preguntó McCoy—. Qué es eso tan importante...

—¡Aquí está el chico!

Al volverse vieron a Wattie acercándose, ataviado con anorak, gorro con borla y unos mitones Aran de lana. Parecía más un bebé entusiasta que un detective en prácticas.

Se quitó uno de los mitones y sacudió con fuerza la mano de McCoy.

—Creía que no se reincorporaba al servicio hasta mañana.

—Y así era. Pero no he podido evitarlo. Bueno, es imposible hacerlo cuando un energúmeno llama a tu puerta y te dice que Murray te necesita.

Wattie sonrió de medio lado.

—¿Me echaba de menos? Porque, maldita sea, yo no lo echaba de...

—¡Watson! —Murray ya había tenido suficiente—. ¡Asegura el escenario del crimen! ¡Deja de comportarte como un jodido estudiante!

Wattie lo saludó y retrocedió bajo la lluvia hacia las luces que habían colocado en la esquina más apartada de la azotea.

—¿Cómo lo está llevando? —preguntó McCoy intentando abrocharse el botón superior del abrigo, lo cual no le estaba resultando sencillo debido a que tenía los dedos entumecidos a causa del frío.

Murray negó con la cabeza.

—Bastante bien, aunque todo le parece un maldito juego. Necesito que le inculques algo de sentido común.

—¿De qué va todo esto? —preguntó McCoy mirando a su alrededor—. ¿Por qué hemos venido a congelarnos las pelotas en lo alto de este edificio?

—Enseguida lo sabrás. Vamos —dijo Murray.

McCoy lo siguió por el sendero de cartones que llevaba hasta el otro extremo de la azotea. A tres pasos de distancia de Murray, como siempre. Era como si nunca se hubiese marchado. El cartón bajo sus pies había empezado a deshacerse debido a la lluvia y al exceso de tránsito. Dos agentes uniformados estaban en una esquina encogidos bajo dos grandes paraguas que poco podían hacer para evitar que se mojasen. Ambos se esforzaban por conectar los generadores eléctricos.

—Menuda mierda de aparato —dijo uno de ellos, pero entonces se percató de la presencia de Murray—. Lo siento, señor, deme un minuto. —Tras un gruñido logró introducir el enchufe en la toma de corriente que tenía a un lado—. Ahora tendría que funcionar —dijo llevándose los dedos a la boca con la intención de recuperar la sensibilidad.

—Muy bien —respondió Murray—. Entonces, ¿a qué demonios estás esperando?

El agente asintió y apretó el interruptor de encendido. Una brillante luz blanca iluminó la azotea húmeda. McCoy alzó el brazo para cubrirse la cara y después echó un vistazo con los ojos medio cerrados. Nunca se le había dado bien tratar con la sangre, con cualquier clase de sangre, y